

Entrevista

“La poesía solo existe en una dinámica de transformación”. Entrevista a Sergio Raimondi a propósito de las resonancias de las tradiciones del Este en *Lexikón*

“Poetry Exists Only Within a Dynamic of Transformation.” An Interview with Sergio Raimondi on the Resonances of Eastern Traditions in *Lexikón*

Érica Brasca

Universidad Nacional de Rosario (UNR)

Instituto de Estudios Críticos en Humanidades

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (IECH-CONICET)

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6909-2685>

e.brasca.3@gmail.com

A lo largo de su obra, Sergio Raimondi ha construido una poética atenta al espesor de la lengua y a los modos en que la lengua condensa formas particulares de percibir la realidad, moldeadas, a su vez, por las experiencias de quienes la hablan.

En *Lexikón*, su último libro de poemas, esa atención se despliega en la forma de un diccionario, cuyas entradas reúnen vocablos provenientes de distintas lenguas, disciplinas y momentos históricos.

Esta entrevista propone un recorrido, que parte de *Lexikón* y que busca dialogar con el conjunto de su obra, centrado en una enunciación poética posible frente a las determinaciones de lo económico, lo histórico y lo estatal. En este sentido, se recorren las relaciones entre conocimiento y territorio, entre la lengua y las formas materiales de organización de la vida y, vinculadas a ellas, las resonancias de las tradiciones del Este que se inscriben en un entramado más amplio.

Érica Brasca: Algunos poemas de *Lexikón* articulan episodios históricos, debates culturales y problemas teóricos de la era soviética como, por ejemplo, los modos en que la palabra poética puede formar parte de la arquitectura de un Estado. ¿Qué tipo de preguntas te interesaba explorar a través de esos imaginarios releídos desde el presente?

Sergio Raimondi: Supongo que pensás en la entrada БЫТ [Byt], que es el término ruso para “vida cotidiana”, una expresión muy presente en los poemas de Maiakovski, incluso en los que dejó junto a sus últimas notas. “Como se dice, el ‘incidente’ ha terminado. / La barca del amor / se estrelló / contra la vida cotidiana”, traduce Lila Guerrero. A mí me intrigaron las intervenciones que siguieron a su suicidio: desde Lunarcharsky planteando que el que se suicidó no fue Maiakovski sino la mitad burguesa de Maiakovski que Maiakovski nunca pudo terminar de disolver, y que según él se manifiesta patente en esos versos que recién cité (¿qué problema, eh?), hasta Trotsky cuestionando la posición oficial de pretender separar esa decisión fatal de la burocratización social, literaria y política que se daba por entonces en la revolución; sin contar las intervenciones de formalistas como Shklovski y Jakobson, que están buenísimas también. Es un episodio decisivo porque involucra muchos niveles en la articulación siempre

complicada entre lo subjetivo y lo colectivo: Trotsky por ejemplo es capaz de leer en el supuesto carácter inarmónico de su personalidad el carácter lógicamente inarmónico del proceso revolucionario. A la vez, lo perturba eso que llama “la desmesura de sus imágenes”; que en definitiva es una demostración más del entendimiento intenso de la literatura en todo el episodio, al punto de que se pueda creer reconocer, en un modo de configurar las imágenes, una posición política inadecuada. Por otro lado, me intriga que ese tipo, que estaba acechado por la categoría de poeta revolucionario, haya dejado esos versos en los que se pregunta si mandar o no mandar un telegrama a las 3 de la mañana. “No, ya debés estar dormida”, escribe, algo así. A mí me cuesta no escuchar a los que dijeron “Che, estamos con los mil quinientos quilombos de la industrialización, de los planes quinquenales, de la interna del Partido y este viene con el problema de un telegrama...”. A la vez, ¡un telegrama a las 3 de la mañana puede ser un re-problema! Porque además de que un tema nunca es un tema, un único tema, quiero decir, se trata de ESE tema, casi interdicto en la reflexión política... Me refiero a la inquietud que hace que uno se pregunte si enviar o no enviar a alguien un telegrama (o, bueno, un whatsapp) a las tres de la mañana. Entonces el episodio es útil para pensar la cuestión de qué incorpora y qué deja afuera una perspectiva de gobierno, y si acaso no hay que reconocer los momentos en que esa ecuación inevitable entre lo que se prioriza y lo que se desestima tiene que ser reajustada. También puede ser que lo que haya ahí sea nada más que una intriga por el rol de la poesía en momentos de transición, como si en la poesía hubiera una posibilidad de reconocer los movimientos menos explícitos, más imperceptibles, que habitan una sociedad.

EB: Varias entradas de Lexikón trabajan con materiales ligados a experiencias del Este: modos de producción, saberes técnicos, formas de vida organizadas por otras lógicas económicas. ¿Qué te atrajo de esas lógicas y de los lenguajes que las acompañaban?

SR: Es que eso que llamas “Este” es una tradición fundamental de experiencias, de pensamiento, de pasiones, de equívocos, de aprendizajes. Una tradición cuya posibilidad de existencia es además indistinguible de sus variantes y revisiones. En algún momento de la historia larga de *Lexikón*, el formato del libro derivó hacia el de algo parecido a un compendio teórico – metodológico. No un manual, exactamente, o sí, siempre y cuando se admita que hasta la idea de manual puede asumir características específicas en diferentes momentos. De hecho, la primera entrada, ÁBACO, proviene de una reseña crítica que hace Gramsci, desde la cárcel, de un libro de Bujarin, *La teoría del materialismo histórico. Manual popular de sociología marxista*, publicado por primera vez en Moscú en 1921. Esa lectura es testimonio de la voluntad de revisión que existe en esta tradición, y también de la importancia que tienen en ella manuales, enciclopedias, diccionarios. Y eso es así porque una y otra vez se aborda, hasta con urgencia, el problema del saber, que además está pensado en general en relación a lo popular. De hecho, es una tradición inseparable de experiencias extraordinarias de alfabetización, un aspecto bastante olvidado la verdad. Pero bueno, el tema es que esa tradición tiene una impronta particular en esta parte del mundo, sobre todo en los 60-70 del siglo pasado. Supongo que su relevancia en el libro tiene que ver, entonces, con pensar hoy esa impronta más local y continental. Ahí está por ejemplo la serie de entradas sobre la experiencia cubana, incluyendo el ejercicio de imaginar

cómo habría comprendido Fernando Ortiz en sus últimos días, tras escribir ese libro increíble que es *Contrapunto cubano del tabaco y el azúcar*, la insistencia estatal para alcanzar la zafra de los 10 millones anunciada para mejorar las cuentas de la isla. También está en otra entrada la referencia al escándalo de la proyección de “PM”, ese corto que mostraba la noche cubana, con parejitas charlando y un tipo dado vuelta bailando y bailando solo en un bolichito lleno de botellas, justo en las semanas posteriores a la batalla de Girón, y que motivó las palabras famosas que Fidel dirige a intelectuales y artistas en la Biblioteca Nacional. O esa que repone la práctica de los cultivos organopónicos, el sistema de agricultura urbano surgido cuando el período especial con la intención de aprovechar al máximo cada centímetro de balcones, patios y baldíos de La Habana para plantar tomates, lechuga, berenjena, repollo y que, curiosamente, está sostenido por una logística que proviene del entrenamiento militar.

EB: En una entrevista que te hace Sergio Agoff, para el ciclo “La administración pública en otros textos”, decís que *Poesía civil* busca pensar la economía, la política, la vida cotidiana, el trabajo, el capital, etc. en la escala de una ciudad que es Bahía Blanca. En *Lexikón*, la escala parece expandirse y buscar otras articulaciones. ¿Cómo fue ese proceso de expansión? ¿Qué permitió esa ampliación de escala?

SR: Sí, sí, es una posibilidad la de pensar que en *Poesía civil* hay un ámbito acotado a una ciudad y que en *Lexikón* ese ámbito se expande. Siempre y cuando no se pierda de vista que en *Poesía civil* la dimensión más enfatizada de la ciudad es la del puerto, que ya repone una escala mayor no solo a la

ciudad sino también a la nación. A la vez, más allá de que reconozco que tuve mi época de leer, o de intentar leer, esos libros dementes de Giovanni Arrighi como son *El largo siglo XX* y *Adam Smith en Pekín*, y de que en efecto en algún momento me fasciné por estudiar la emergencia china, que Arrighi considera una modificación sustancial en la organización del mundo, creo que hay también otra posibilidad: la de pensar que, de un libro al otro, lo que hay es un cambio en el modo de entender el espacio. Porque de hecho algo está pasando en relación a esa categoría. El tema de la instalación de la estación espacial china en Neuquén, ahí muy cerca de Vaca Muerta, es un ejemplo. No solo porque además la antena parabólica gigante de esa estación se dedica a hacer estudios del espacio profundo, más allá de los 300.000 km de distancia de la Tierra, sino porque se la acusa de tener posibilidades de intervenir en las órbitas satelitales, un área hoy fundamental de las disputas, y que de hecho no tiene lugar en lo que podríamos llamar, propiamente, territorio. Además está el yacimiento mismo, con ese nombre para mí tan hermoso, Vaca muerta, que hasta parecería anunciar el final de la primacía del modelo agroexportador, y que, aun desde la instancia clave de la estatización de YPF, involucra la explotación de compañías extranjeras. Todo esto, sin contar que es un territorio reclamado por las comunidades mapuches, que tienen a su vez sus propias ideas sobre el espacio. A ver, lo impresionante no es que haya tanta cantidad de escalas espaciales involucradas; lo impresionante es que estén combinadas entre sí. Por eso para mí la omnipresencia de Vaca muerta en la agenda pública es un poco engañoso, en tanto casi no hay reflexión sobre estos aspectos, que por si fuera poco no son ajenos tampoco a una multiplicidad temporal, ya desde la

dimensión geológica del petróleo, que trae a su vez los debates más actuales en torno al *fracking*, etc.

EB: Bernardo Orge, en su ensayo “Poesía y Estado”, cita un fragmento donde contás tu trabajo en el archivo oral del Museo del Puerto de Ingeniero White como una experiencia de aprendizaje, como una oportunidad de “poner la oreja”. Decís que *Poesía civil* surge de la colisión entre esa experiencia —entrevistas con vecinas, pescadores, comerciantes— y las lecturas que te acompañaban en el colectivo camino a White —Horacio, Virgilio—. ¿Cómo dialogaba esa escucha situada con la biblioteca clásica, con la lengua de los poemas que leías y traducías?

SR: Bueno, esa fue la manera en la que fui pensando lo que en principio fue más bien un impacto, algo estomacal. Hace poco me di cuenta de la predilección de las universidades argentinas por denominarse a partir de los puntos cardinales, más allá de la otra variante usual que es la del topónimo. Es difícil no leer en ambas formas la voluntad de concebir el saber en relación a los territorios. Encima la del Sur tiene un nombre espectacular si lo pensás dos segundos. ¡Es hasta demasiado! Pero bueno, por entonces fue la primera en esta parte austral del país. Y de hecho surgió del interés del Estado por incorporar los recursos agrarios de la superficie de los campos del sur de la provincia y también los recursos más patagónicos por debajo: o sea, recién hablábamos de hecho de Vaca Muerta, el gas y el petróleo. Por eso uno de nuestros primeros departamentos fue el de Química industrial, y por eso también Bahía Blanca tiene hoy, desde los 70, pero sobre todo desde los 90 del siglo pasado, un polo petroquímico extendido. El tema es que a las llamadas humanidades les resulta más difícil aceptar esa tendencia a pensar el saber en relación al territorio. Por eso creo que la experiencia del archivo oral del Museo

del Puerto, que supuso entrar a muchísimas cocinas y patios para escuchar tantas historias de vida y de trabajo en el puerto, poco a poco se fue derivando hacia problemas y preguntas de este tipo. Ese desajuste entre el saber y el ámbito en el que se lo elabora, digamos. O sea, problemas epistemológicos. Que a su vez son problemas políticos, sin siquiera abordar la cuestión del antiperonismo original de las humanidades en la Argentina; quiero decir: que son problemas políticos inclusive sin meternos en ese tema. Yo vengo de esa formación que, por si fuera poco, fue una formación pública, lo cual hace que la cuestión pueda considerarse de interés público también. Los dos emblemas de las tapas de *Poesía civil* y de *Lexikón* señalan entonces esa procedencia. A la vez, capaz tratan de hacer un uso diferente de esa perspectiva humanística, y sobre todo de sus instrumentos.

EB: Además de algunos textos de lengua inglesa, tradujiste Catulo y Lucrecio. ¿Qué pasa cuando se traduce a estos clásicos latinos desde Bahía Blanca, desde el castellano rioplatense, desde esta época? ¿Pensás que existe algún tipo particular de resonancia o tensión en ese cruce?

SR: Creo que a mí lo que más me intriga son esas tensiones, justamente: entre el siglo I a.C. y el presente, entre Roma y Bahía Blanca, entre el latín y el español bonaerense, etcétera. Digo las tensiones: no la supresión de uno de los polos sino la convivencia en su disparidad, en su desemejanza. Desde la convicción, eso sí, de que son poemas, es decir, de que están sostenidos desde un modo de entender la lengua y que, por tanto, una cuestión relevante será la de ver cómo hacer resonar ese modo en la nuestra. No sé, si Catulo usa una expresión coloquial de la oralidad, recobrar esa dimensión en la traducción, desde la idea

de que ahí, no en lo que dice, sino en cómo dice lo que dice, hay una información decisiva. O la incorporación que hace Lucrecio en su poema de expresiones prosaicas (“por lo tanto”, “en efecto”, “a tal punto”, etc.), porque ahí se verifica por ejemplo una de las consecuencias de su aceptación de materias más del orden del tratado que del poema. La atención a estas cuestiones implica prestar atención a la propia lengua, y por eso justifica no perder de vista, al traducir, ni la coyuntura desde la que traducís, ni desde dónde lo hacés. Porque además... Bueno, esto no suele tenerse mucho en cuenta en relación a los clásicos, pero ¡esos poemas también fueron coyunturales! Es más, nunca fueron otra cosa que coyunturales. Después, sí, está el problema de cómo elegís los grados de la ecuación con la que pensás las diferencias entre la coyuntura original y la actual. Lo que se denomina filología es medio eso: un modo de precaución para que el entendimiento presente no reduzca la particularidad del momento en el que surgió el poema que leés. Lo que la filología a veces olvida es que su propia operación de precaución, para mí decisiva, también está informada por su propia época. Supongo que todo esto tiene que ver con mi predilección por pensar la poesía desde su dimensión histórica. O en todo caso con mi contrariedad ante esas concepciones esencialistas de la poesía, esa tendencia a volverla atemporal. Por supuesto, hay algo de la poesía que conecta con esa, pongamos mil comillas, atemporalidad. Pero eso no es, ni ahí, lo decisivo. Porque la poesía solo existe en una dinámica de transformación, de cambios, que además no es una dinámica exactamente progresiva.